



LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.

29 DE SETIEMBRE DE 1878.--NÚM. 13.

Ecos de la semana.

Cédulas personales. — El arte en grande velocidad. — Con boina. — Un clown silbado. — Consejo seguido. — Morir tan joven. — Ya llega la época de proveerse de educación personal. — Todavía no sabemos fijamente si éstas son documentos de seguridad, ó recibos de contribución. — Lo que sí podemos afirmar es que estamos obligados á pagarlas. — Cuántos pasos hay que dar hasta proveerse de una! Primero el volante del alcalde, después una visita á la alcaldía del distrito, otra más tarde al Ayuntamiento, y al cabo de dos días de hacer cola, recibir apretones y tararear aquel coro de Los Madriles. — Hay que tener, que tener muchísima paciencia, puede uno volver á su domicilio á reposar de las fatigas de quince días de subir y bajar, ir y volver. — En obtener este documento se emplea hoy más tiempo que en pintar un cuadro al óleo. — Verdad es que esto se ha simplificado sobremanera. Dentro de pocos días podrán admirar los madrileños á un artista que pinta en seis minutos un cuadro al óleo, de un metro cinco centímetros de largo y noventa centímetros de ancho. — Este artista en grande velocidad, es muy capaz de pintar al temple la Puerta Otomana en el espacio de una tarde, ó de cubrir de pinturas al lodo el pavimento de la calle del León, ó de teñir la situación de color de rosa. — Para esto último tendría que usar de grandes precauciones. Los constitucionales, demócratas y centralistas procurarían cambiarle el color de las ilusiones por un platillo de negra tinta china. — ¡Figúrense ustedes cómo saldría el cuadro! — A Lagartijo le han regalado en Vitoria una boina. — El donativo le será de suma de utilidad. De tanta como un bonete á Pi Margall. — Ó una abuela materna á los constitucionales. — Ó una Constitución nueva á nuestro país. — Ó un incensario á los ministeriales. — El aplaudido diestro, para brindar un toro, tirará la boina. — Pero la volverá á recoger después de terminada la faena. — ¡Quiera Dios que muchos no imiten su ejemplo! — A Tony Grice le han silbado el día de su beneficio. — Y le habían aplaudido siempre. — Como él había anunciado ejercicios nuevos, el público ha observado con él conducta nueva. — Verdad es que este clown ha logrado despertar una duda en sus admiradores. Si le pagaban para que les divirtiese á ellos, ó para divertirse él á su costa. — El problema no se ha resuelto todavía. — Pero la silba ha venido. — Y bien merecida, por cierto. — En las Baleares han venido á las manos los asistentes á una procesion. — Ha habido heridos y prisioneros. — El cura párroco, que presidía la solemnidad religiosa, ha recibido un garrotazo, asustado por un feligrés. — No se tienen detalles de las posiciones que han tomado los beligerantes. — Se cree, sin embargo, que su contundente actitud ha obedecido á indicaciones de El Siglo Futuro, que había dicho en uno de sus últimos números: — Después de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, que es igual, el rey más poderoso, más antiguo, y en cierta manera más legítimo que se conoce, es el demonio. Pues bien, desde Moisés acá, cuyo sermónario es el más antiguo de que hay noticia, todos los predicadores han predicado, y casi no han predicado otra cosa, sino que matemos á ese rey. — Cada coirade ha creído sin duda ver al demonio en su compañero, y embolcando el garrote, le querido matar al rey más antiguo, según el periódico ultramontano. — El Tribunal de Cuentas está á punto de venir á tierra. Hablo del edificio.

Tiene catorce años de vida, y ya está ruinoso. — Pruébase con esto la modestia de su arquitecto, que no quiere dejar á la posteridad recuerdos. — Si conmigo nació, muera conmigo. — Personas hay que creen, sin embargo, que la vecindad del tribunal de Cuentas hace bonita la fachada del Hospicio. — ¡Hasta los inmuebles se adulan!

El aire.

¡Cuánto daría yo por tener aire de sabio! Entónces podría hablar á mis lectores de toda clase de aires, sin temor de parecerles pedante. — Pero sospecho que tengo demasiado fluído en mi cabeza para salir airoso de mi compromiso. — Hablar del aire es más que hablar de la mar, y si esto último ha llegado á constituir una frase vulgar que recuerda lo mucho bueno y malo que acerca de ella se dice, júzguese lo peligroso que será tratar del primero, siendo todavía mayor su magnitud. Porque si el mar cubre las cuatro quintas partes de la superficie terrestre, el aire baña todas cinco, y no hay rincón ni intersticio donde no penetre. — Por eso tiene fama de ser tan descarado. Y sin embargo, apenas hacemos caso de él. Sólo cuando se agita parecemos apercibirnos de su existencia, pues al paso que no hay poeta que haya dejado de cantar la tranquilidad de los lagos ó de los mares, nadie se ha cuidado de echar un pipero al aire, sino cuando en forma de plácida brisa ó cesirillo juguetea se mueve con dulzura, acariciando nuestra abrasada frente, ó bien cuando, convertido en violento huracán, abate y destruye todo lo que encuentra á su paso. — Hasta le hemos suprimido la existencia cuando está quieto. Le pasa lo que á los muchachos, que si no revuelven, nadie hace caso de ellos.

Decimos que hace sol cuando el astro del día está tranquilamente en el cielo, vivificando la superficie de la tierra con su luz y su calor, y no decimos que hace aire sino cuando reina el viento, es decir, cuando, cansado de tener calma, se echa á correr por esos mundos, apagando luces y llevándose capas y sombreros.

Al agua manso todo el mundo la teme, cuando pide á Dios que le libre de ella; al aire manso todos le desprecian. — Gastan muchos millones las ciudades en proporcionarse aguas de buena calidad para el consumo, y no gastan un céntimo en proporcionarse aire bueno, antes bien, parece como si pusieran especial empeño en lo contrario.

Y el aire es todavía más necesario que el agua. — Sólo en casos extraordinarios se piensa en él. Cuando alguno está acalorado se le manda á tomar el aire fresco.

Si está delicado, se le recomienda el aire del campo. — Si padece nostalgia, el único remedio eficaz para combatirla es el aire de su país.

Todo esto sin contar con que el individuo puede ser un bizarro militar y tener aire marcial.

Ó estar arrepentido de sus culpas y presentarse con aire contrito.

Si le perjudica de entusiasmarse cuando una música toca la coleccion de aires nacionales.

De todo lo cual resulta que el aire es de primera importancia en la vida, puesto que en todos sus actos se le da intervención.

Es porque contiene el elemento vivificador por excelencia, el oxígeno. Cuando falta éste, la existencia se hace imposible.

Es creencia vulgar que el aire lleva en sí el germen de la vida y el de la muerte, en el oxígeno y el nitrógeno. Lo primero es cierto, lo segundo no. El nitrógeno no ha matado á nadie. Un sabio metió unos pájaros en una atmósfera de este gas, vió que se morían, y le llamó ázoe, que quiere decir contrario á la vida. De aquí viene el error.

Si el cuerpo en cuestion matase, ninguno viviríamos, porque forma los cuatro quintos del aire que respiramos, y al cabo del día entran muchos litros de él en nuestros pulmones. Los pájaros del sabio morían porque les faltaba oxígeno, y por lo mismo mueren al cabo del día muchas personas en las grandes poblaciones, que es-

tán todavía plegados, y no tendríamos el placer de respirar libremente por toda la vida, salvas aquellas ocasiones que, por imprudencia nuestra las más, padecemos alguna enfermedad que lo impide y nos hace ver el bien que gozábamos sin advertirlo siquiera. Además, hay muy pocos placeres en la vida que no principien por un dolor.

Seamos, pues, más justos con el aire. No le aprisionemos en nuestras casas para esquilmarle; dejémosle que vaya al campo á purificarse en el gran laboratorio de la Naturaleza; abramosle todos los días las puertas de nuestras habitaciones, para que arrastre los miasmas que nosotros producimos incesantemente, y mirémosle como uno de nuestros mejores amigos, que no ha de hacernos ningún daño mientras le tengamos las consideraciones de tal y le concedamos la importancia que se merece.

Y basta de aire, porque ya sabía yo que no había de salir airoso de este asunto.

Don Modesto.

(CRÓQUIS DEL NATURAL.)

«Fray Modesto nunca llegó á prior», dice un antiguo adagio castellano, y sin embargo, y apesar de lo que dice el adagio, yo conozco un D. Modesto que, no ya á prior, sino á generalísimo de cualquier orden religiosa hubiera llegado, si nacido hubiese con instintos monacales; pero á mi D. Modesto no le dió por ahí, lo cual no fué óbice para que haya llegado á ejercer prioridad entre muchas gentes y en no pocas cosas, no obstante su modestia, pues hágotte saber, lector, que el D. Modesto cuyo retrato voy á tener el gusto de regalarle, es un hombre modestísimo... ó cuando menos, fama de tal se ha conquistado. — Sabido, como lo es de todo el mundo, que en éste las riquezas, los honores y la fama suelen estar en razon inversa de la dosis de modestia que cada individuo posee, por ser esa virtud tan medrosica y encogida, que apenas si alguna que otra vez acierta á salir de los rincones donde comunmente se oculta, no podrás menos de asombrarte cuando sepas, lector, que el D. Modesto de mi cuento, que á fe de quien lo cuenta no es cuento, sino fidedigna y exactísima historia, ha logrado hacerse rico, no porque él ambicionase riquezas, sino por sus queridos hijitos, que son tres como tres soles; esto último no lo dice su papá, porque es el demasiado modesto para alabar sus propias obras; pero lo digo yo en obsequio de la verdad, pues no hay por qué negar la hermosura de los chiquitines de D. Modesto.

Si aceptó varias cruces y otras distinciones, fué, por cierto, contra su gusto y á regañadientes, como suele decirse, sólo por complacer á su queridísima esposa, quien —al fin mujer— gusta de ver á su esposo ostentando en días solemnes una brillante placa sobre el pecho y oír que le llamen excelencia, y en gracia á la satisfacción que esas canidades humanas proporcionan á la esposa; ¿qué había de hacer el esposo sino sacrificarse y complacerla?... Por que, no hay duda, todas esas canidades, como él las llama, disgustan á D. Modesto, pero transige con ellas haciendo un verdadero sacrificio en aras del amor conyugal.

Instigado por sus amigos, sólo instigado por sus amigos, y después de mil ruegos y súplicas por parte de éstos, pues de no ser así, jamás se le hubiera ocurrido á don Modesto semejante cosa, ingresó, por fin, en varias academias, como individuo de las mismas; porque olvidávaseme decir que D. Modesto es literato insigne, filósofo profundo y sapientísimo erudito; y ya se ve, con tales condiciones, obstinarse en su negativa hubiera sido, no solamente un desaire á la amistad, sino exponerse á que la falta de suficiencia y de merecimientos que alegaba hubiera podido interpretarse, no ya por excesiva modestia, sino por mal disimulada soberbia; y dicho sea en honra suya, ante la idea de que que pudiera tildarse de soberbio, hubo de decidirse el modestísimo D. Modesto por complacer á sus compañeros y amigos. En lo que no han podido todavía persuadirle, es respecto á la conveniencia de dar á la estampa varias importantes obras que tiene escritas, y siempre que le hablan del asunto contesta: «¡Phis! ¿Qué podré yo decir en esos libros, escritos sólo por pasatiempo, que

no esté dicho hasta la saciedad por autores antiguos y modernos?...»

—Nada, nada, Sr. D. Modesto: convénzase usted de que su excesiva modestia es perjudicial á las ciencias,—le decía uno.

—Y á las letras,—añadia otro.

—Es un crimen,—apuntaba un tercero,— un verdadero crimen, eso que usted hace de escribir sólo para sí.

—Muchas gracias, señores, muchas gracias; pero hablemos de otra cosa...—decía casi ruborizado el bueno de D. Modesto.— Ustedes se empeñan en hacerme creer que valgo mucho; pero yo sé bien, por más que agradezca y respete la opinion de ustedes, que no soy más que uno de tantos, uno de tantos...

Y ¿no es bueno, querido lector, que por mi parte, cuanto más voy tratando y conociendo á D. Modesto, cada día me persuado más de que él tiene razon cuando dice que es uno de tantos?

Y aún hay más,—pero esto te lo digo en secreto, pues no quiero que llegue á oídos del interesado,—me voy convenciendo de que la modestia de D. Modesto no es tal modestia, sino refinada hipocresía, tras de la cual se oculta una gran dosis de vanidad... ó quién sabe si una grandísima ignorancia.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que en el mundo hay hombres que siend tan sólo medianías del saber y de la inteligencia, hacen de la modestia una poderosa arma defensiva, merced á la cual, bien estudiados y aplicados á tiempo sus resortes, llegan á hacerse fuertes y respetables... ¿Cuántas veces la impotencia del cerebro suele disfrazarse con la máscara de la modestia!

¡Cuántas veces detras de esa misma modestia suele ocultarse la soberbia más desmedida!...

¿No has conocido, lector, ningun D. Modesto?

Pues fijate en este ligerísimo cróquis que te ofrezco, y ya verás cómo encuentras por esos mundos de Dios más de cuatro tipos que se le parecen.

WERTER.

La bola de nieve.

La calumnias nace al calor de pasiones viles, se desarrolla con la murmuracion, y la sociedad, con el tiempo, se encarga de inmortalizarla.

En una tertulia de... confianza. —Lo que es Isabel, está tarde, iba... estrepitosa. —Yo, por más vueltas que le doy, ciertas cosas no me las explico: ¡llevar un vestido de gro de Paris con guipures, la mujer de un empleado de doce mil reales! —¡Pero qué guipures! —En cuanto la vea, le voy á preguntar cómo se arregla para hacer esos milagros. —Será santa. —¿Y dónde está empleado su marido? —En contribuciones. —¡Pobres contribuyentes! —Debe emplearse en alguna cosa más, porque según mis noticias... anoche salía á las tres de la mañana de cierta casa de la calle de Alcalá... —¿Y quién vive allí? —Si lo que no se sabe en este mundo es lo que no se hace. —¡Cuando yo le decía á usted! —Si no podía ser otra cosa. —Siga usted, doña Rosa; callad, niñas, que no se oye lo que se habla. —¡Hija, qué molino estás con esa dichosa polka! —Mi sobrino, al retirarse del baile de doña Virtudes, vió al marido de la Isabelita salir de... —Gua, gua. —¡Calla, Taitita! —¡Qué perra más inoportuna! —Salir de una casa donde, según malas lenguas, se juega al monte y otras cosas. —¡Al monte! —¡Qué escándalo!! —¡Así ya se pueden llevar vestidos de gro de Paris! —¡Y con guipures! —En el baile de doña Virtudes. —¿Quién es aquella? —Tambien le llama á usted la atencion; esa mujer le choca á todo el mundo. —Es la señora de un conocido de usted.

